

Una obra reciente sobre el Origen de la vida y del hombre ¹

El original alemán de la presente obra salió en 1959 como conmemoración centenaria de la obra de Darwin, *El Origen de las especies por medio de la selección natural*. La edición española es principalmente una traducción, pero no sólo eso. Bajo la dirección del profesor B. Meléndez se han introducido dos trabajos originales del profesor Crusafont y del R. P. Emiliano de Aguirre, S.J., a cambio de uno de Overhage. Además, los trabajos alemanes han sido revisados y anotados por especialistas españoles. Los estudios de la edición española quedan, al fin, de este modo: F. LOTZE, *Historia de la vida orgánica*; J. HAAS, *La aparición de la vida sobre la Tierra*; J. HAAS, *Los fundamentos citológicos de la evolución*; P. OVERHAGE, *Ontogénesis y filogénesis*; P. OVERHAGE, *El problema del origen del hombre*; M. CRUSAFONT PAIRÓ, *El problema de la antropogénesis*; E. DE AGUIRRE, *Reflexiones sobre nuestro conocimiento de la evolución humana*; K. J. NARR, *El origen del hombre a la luz de la historia de la cultura*; A. HAAS, *La idea de la evolución y la imagen cristiana del mundo y del hombre*.

El acierto en la publicación de este libro es grande. El lector culto español dispone así de un trabajo documentado y puesto al día sobre el tema de la evolución, que sigue apasionando al mundo científico. En él puede ver los hechos en que se basa la doctrina evolucionista, y al mismo tiempo sus limitaciones. El criterio de los AA. es óptimo. Hay claridad en la exposición, documentación selecta y abundante, aportación de los últimos datos sobre el tema, y profundidad en alguna de las especulaciones teóricas que también se emiten ocasionalmente. Todo lo cual hace al libro recomendable a todas luces.

Como el tema es inmenso y no es posible dar un juicio pormenorizado de toda la problemática que suscita la obra, nos ceñiremos a dos observaciones de carácter crítico: 1) La primera sobre la *certeza* con que se presenta el hecho evolutivo; 2) La segunda sobre el método de notas críticas que han empleado los revisores en los distintos trabajos.

¹ HAAS, A.; LOTZE, F.; HAAS, J.; OVERHAGE, P.; CRUSAFONT PAIRÓ, M.; AGUIRRE, E. DE, y NARR, K. J.: *Origen de la vida y del hombre*. Edición original alemana dirigida por A. HAAS, y ed. española dirigida por B. MELÉNDEZ. Trad. de Fermín Lator, S. J.—Ed. B.A.C. (Madrid, 1963) p. XXVIII-552; cms. 20 x 12,5.

1) En cuanto a lo primero, vemos afirmarse sin matizaciones, que la evolución es ya un hecho cierto e indiscutible (p. IX, 385 ss.). Esta afirmación se justifica, entre otras cosas, diciendo que la certeza es un concepto *analógico*, y que hay distintas certezas —metafísica, científica, histórica, teológica, etc.— según los motivos del asentimiento (387 y IX). Pues bien, nuestra opinión es que la *microevolución* es un hecho evidente y cierto, pero que la *macroevolución* sigue siendo una teoría, que tiene hoy más fundamento que hace años, pero que dista algo de la certeza.

Desde luego que se puede revisar la doctrina filosófica sobre la certeza (387), y que es libre una ciencia para elaborar un concepto análogo de certeza a su gusto; pero en todo caso creemos que no le conviene a ninguna ciencia construir una noción de certeza que le sea perjudicial. Tal sería la que se tomase de un modo tan analógico, que pudiese decirse de la ciencia que la usa, que es una *ciencia por analogía*. Hasta ahora el concepto de certeza *objetiva* no deja lugar, en quien la tiene, a duda alguna razonable en su orden, y va de suyo ligado a la verdad objetiva. Si hay un único caso en que algunos filósofos (no todos) admiten que pueda darse auténtica certeza física junto con falsedad, es por razón de la posibilidad del milagro en tales casos. En este único sentido cabría, por ejemplo, tener certeza física objetiva de que un objeto que suelto de la mano caerá en el suelo conforme a la ley de la gravedad (aunque sobrevenga un milagro), o bien un pagano que viese a un sacerdote católico celebrar misa, podría estar objetivamente cierto de que lo que hay sobre el altar después de la consagración es verdadero pan. Según ese modo de ver, la certeza no pediría de suyo que se diese necesariamente el hecho que se afirma, sino sólo la *exigencia* de que se diese el mismo. Pero ya se ve que a ninguna ciencia le conviene ensanchar en esa dirección el molde de la certeza, pues sería un descrédito dar algo como científicamente cierto, que el día de mañana se comprobase ser falso, o por lo menos afirmar algo como cierto cuyo fundamento se viese ser flojo. Las hipótesis o teorías científicas son las que cambian, pero las conclusiones ciertas, no. Diríamos que la auténtica certeza que busca la ciencia (= conocimiento cierto de las cosas por sus principios y causas), no se aviene con la falsedad, y coloca de suyo al objeto por ella afirmado, en el orden absoluto del «es».

Ahora bien, prescindiendo de la posibilidad de ensanchar rectamente el concepto ordinario de certeza —que no es del caso—, en la obra que presentamos hay algunos ejemplos claros en que se toma la palabra *certeza* en un sentido abusivo:

a) De la cuna de la Humanidad se nos dice que: «No está averiguado *con plena certeza* el lugar geográfico cuna de la humanidad; todos los indicios apuntan a África... de modo que podría afirmarse *prácticamente con certeza científico-histórico natural*» (393, subrayamos nosotros). No obstante, teniendo en cuenta que el indicio de Teilhard es que los utensilios de piedra tallada más antiguos del mundo se encuentran únicamente en África —es decir, un argumento puramente negativo—, y que quedan por investigar muchas regiones del globo (muchísimas más de las investigadas hasta ahora), creemos que este concepto de certeza no le conviene mucho tenerlo a las Ciencias Naturales.

b) Se dice también que la antigüedad mínima del hombre es de 1.700.000 años, «según una gran mayoría convergente de antropólogos y arqueólogos *con certeza*, pero puede tenerse en cuenta la duda de algunos» (395, subraya-

mos nosotros). La verdad es que a esa frase antecede una condicional, pero aun así, se ve el abuso de este concepto.

c) La macroevolución se da como un hecho cierto (*passim*). Pero quien recuerde las enormes diferencias que median, por ejemplo, entre las clases de los vertebrados (sistema circulatorio, respiratorio, de locomoción, etc.), y repase los datos que aporta la obra que comentamos, verá que la palabra certeza se toma en sentido demasiado analógico. Y si eso sucede en las «clases», en los «reinos» y «phylum» más todavía.

d) En fin, se da como cosa cierta la evolución del cuerpo del hombre (389, alibi). Pero si se atiende a que el hombre, por su doble componente constitutivo (alma y cuerpo) no es simplemente objeto de la Antropología Somática, sino que es objeto de interferencia entre varias ciencias (entre las que se cuentan la Filosofía y Teología), se verá que el *método* mismo de estudio del origen del hombre debe ser complejo, y que sin atender conjuntamente a los motivos que puedan alegar todas las ciencias interesadas en dicho objeto, o a las reservas que éstas hagan, no se puede dar por resuelto el problema *con certeza* por lo que diga una sola de ellas.

Si nos internásemos en las causas de esta «actitud de certeza» sobre el hecho evolutivo sin restricciones —¡terreno resbaladizo el de las posibles causas!— tal vez encontraríamos algunos principios que se dan como incuestionables, y de los que se parte hoy como de un presupuesto, pero que en realidad distan mucho de ser tales. Por ejemplo, se afirma como cierto el origen evolutivo del cuerpo humano por la razón de que «no cabe otra solución científica posible» (388, p. XII). Sin embargo, fuera de que vale aquí de nuevo lo que acabamos de decir (sobre la invalidez de una solución unilateral tratándose de un objeto de interferencia entre ciencias), podemos añadir que aunque fuese la única solución científica posible, no estaríamos autorizados por sólo esto a afirmar lógicamente que la opinión en cuestión es cierta (y adviértase que Lógica no hay más que una). Por otra parte, en esta misma obra se ve la moderación con que Overhage habla de la evolución de los vivientes en general (198) y del hombre en particular (280-281).

Del mismo modo si se supone ya probado con certeza que «toda realidad experimental forma parte de un *proceso*, es decir, *nace* en el universo», y que la evolución es «una *condición general* de conocimiento (una *dimensión* más) a la que han de satisfacer desde ahora todas las hipótesis» (386), nos explicamos que se hable con tanta asertividad, pues la cuestión está ya resuelta. Pero quien reflexione sobre lo que supone la macroevolución, y piense que ya en el Cámbrico aparecen todos los tipos de invertebrados (25), y que el tronco de los vertebrados aparece «*de repente y por primera vez*» en el Silúrico (194), no sabrá cómo explicarse esa evidencia y la certeza correspondiente, sin una petición de principio. Afirmar que los representantes de los primeros tipos de invertebrados que constata la Paleontología *nacieron* dentro de un *proceso evolutivo* es una hipótesis, todo lo probable que se quiera, pero no un hecho incuestionable y cierto. Repetimos que ganará la doctrina evolucionista usando el concepto de certeza con más fundamento.

2) La segunda observación es sobre el modo como se han hecho las revisiones de los artículos originales del libro alemán. Desde luego, advertirá el lector cómo se anotan a veces párrafo por párrafo, corrigiendo afirmaciones

de los AA. en cosas las más de las veces discutibles, y siempre en un sentido de una evolución más ortodoxa (pues Overhage defiende en general la evolución). Nos parece bien esa clase de notas en que se dan los datos de última hora, que el A. del artículo no pudo tener presente (vgr. 217 [42]), pero las otras de carácter polémico o innecesarias, creemos que ganaría el libro si en una nueva edición se suprimiesen. Si los autores aludidos merecen tales correcciones (vgr. 196 [4]) y tan continuas, no valía la pena de haberlos traducido; y si merecen ese honor, lo más correcto sería una nota sobria al principio mostrando la divergencia de criterio. Pero, sobre todo, notamos alguna corrección inexacta. Aunque sea siempre delicada una afirmación general, creemos que la nota [35] de la p. 512, en que se afirma que: «la inferioridad de los pueblos "primitivos" fue concebida y defendida mucho antes de que se formularan las teorías evolucionistas... Se discutió en las obras de los teólogos y juristas españoles a raíz de los descubrimientos de los siglos XV y XVI», padece un equívoco. No sabemos —y nos hemos asesorado— que dichos autores trataran ese tema en ese sentido. «Primitivos» lo entendieron los AA. aludidos en el sentido de hoy, es decir, «incultos», «atrasados» (como aparecieron a los europeos de entonces los pueblos de la América recién descubierta), pero no en el sentido de «los primeros».

No tenemos el menor ánimo de polémica, sino de una mayor objetividad en este tema, como la exigen los tiempos en que vivimos. Ganará más la causa evolucionista con una mayor ecuanimidad, y sin prisas por lograr una certeza, que opinamos está todavía algo lejana en punto a macroevolución y al origen del hombre.

Las observaciones que preceden no restan un ápice al valor del libro, que hará un inmenso servicio de información a cuantas personas cultas se interesan por este tema. Hay además que felicitar a la B.A.C. por el esmero especial en la edición, que, tahto por el papel como por grabados, ha sido un verdadero éxito. Sólo cabría mejorar el libro con un nutrido índice onomástico y de materias, que facilitase su manejo.

A. ROLDÁN, S.J.